

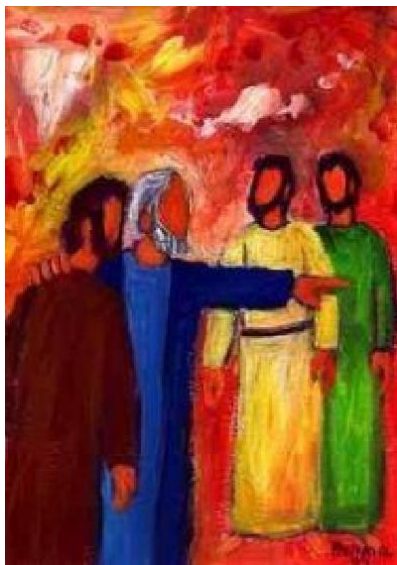
Mc 1, 14-20 Domingo de la III semana tiempo ordinario.

“Y avanzando un poco, Jesús vio a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban también en su barca arreglando las redes. En seguida los llamó, y ellos, dejando en la barca a su padre Zebedeo con los jornaleros, lo siguieron...

Le ofrecieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó” (Mc 1, 19-20; 15,23).

La persona de Jesús tiene la fuerza seductora para atraernos a todos: su Palabra que ilumina, la riqueza de su propuesta, la belleza de su doctrina, el proyecto del Reino, el ideal de vivir en caridad con los demás... todo nos arrastra en su seguimiento y para vivir en la alegría.

Santiago y Juan, están llamados a formar comunidad con Jesús.



Superan el nivel afectivo de su familia, dejan a su padre, se deciden a entregar su vida y realizarse en el servicio a los otros, abiertos a la universalidad.

Reciben la gracia del Espíritu para dejar el atractivo de la realización profesional y el éxito social; dejan las redes, para generar relaciones fraternas abiertas a todos, presididas por la autenticidad y el amor.

Jesús nos da el ejemplo, lleva su entrega hasta el extremo, consciente de la voluntad del Padre (por eso no toma la mirra).

Señor hazme crecer en tu amistad; que busque la entrega desinteresada. Enciende en mí el deseo hacer tu voluntad.

¡Jesús, que tu amor me alcance y mi corazón te responda!

¿Quiero crecer afectivamente?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc